

nuevo el título de hijos de Dios. ¿Cuál es nuestra patria? ¿Acaso este mundo donde hemos de permanecer por cuatro días, ó esa gloria que se nos ha reconquistado y que no tiene fin? Semejantes á los israelitas cuando lejos de su patria lloraban por ella, así el cristiano debe suspirar en el desierto del mundo por el instante feliz de entrar en su verdadera patria, que es la Sion de la gloria. En vano el impío muestra sus pensamientos al fiel hijo de la Iglesia católica: en vano quiere explicarle sus teorías. ¡Qué absurdos! Nosotros no seguimos mas doctrina que la de Cristo crucificado: no nos apartaremos un punto del camino de la Cruz; Jesucristo es nuestro guía y no admitimos otro. Vendrá el enemigo de nuestras almas, y valiéndose de mil maquinaciones querrá persuadirnos á que tomemos parte en esas reuniones donde no existiendo el principio de caridad y siendo presididas por el mismo Satanás, se pone en peligro la honestidad, se encuentran las ocasiones, se adquieren amistades peligrosas, y perdiéndose poco á poco la moral del Evangelio, se nos conduce de precipicio en precipicio á nuestra eterna perdición. ¿Y qué responderá el verdadero cristiano á estos llamamientos del mundo? Yo no puedo ocupar esa cátedra que se me ofrece, donde la murmuración, la envidia y la lascivia tienen su asiento. Jesucristo, que es mi guía y es mi Maestro, me enseña á mirar á todos los hombres como hermanos, á hacerles el bien que me sea posible; pero me prohíbe tomar parte en semejantes asambleas. Instará mas el mundo y nos dirá: «Si no tomáis parte en nuestros goces, si no seguís nuestras costumbres, si os entregáis á un mal entendido

escrúpulo de conciencia, tal vez perecereis en la miseria, porque la sociedad os volverá las espaldas.» Nada importa todo eso al cristiano, que sabe que el Señor le ha dicho: «Busca ante todo el reino de los cielos, que lo demás te se dará por añadidura (1).» Ved aquí, hermanos míos, en pocas palabras la conducta que han observado los santos que hoy participan de la gloria de Jesucristo: ni la deslumbradora decoración del mundo les sedujo, ni mancharon sus lábios con la copa del deleite. Rodeados se vieron de escollos como nos vemos nosotros, circundados de peligros y luchando con fuertes tentaciones como tenemos que luchar todos. ¿Y cómo vencieron ellos? Porque tuvieron fé, porque fijaron su vista en Jesucristo. ¿Y por qué no vencemos nosotros? ¿Por qué somos tan fáciles de conquistar por el mundo? Porque no nos fijamos en el Salvador; porque no tenemos fé, y si la tenemos, es una fé muerta por carecer de buenas obras. Ya que meditais en este día en la Ascension admirable de Jesucristo á los cielos; ya que estais persuadidos de los bienes eternos que se gozan en aquella mansion de paz y puro gozo; ya que comprendéis que Jesucristo es nuestro guía y que allí nos espera, yo os preguntaré: Cristianos, ¿deseais uniros con el Salvador en la gloria de que hoy toma posesion? ¿Deseais ser compañeros de tantos justos como hoy disfrutan felicidad tan inesplicable? No hay duda que me responderéis afirmativamente. ¿Deseais saber el medio seguro de que vuestros deseos sean cumplidos? Yo os lo demostraré, y procurad no olvidarlo.

(1) Querite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis. Math. cap. VI, v. 33.

La sociedad se halla compuesta, según los altos é impenetrables juicios del Omnipotente Dios, Hacedor de los cielos y de la tierra, de personas constituidas en diferencia de fortunas y de elevacion. Unos son pobres y otros ricos: unos ocupan la grandeza de un trono, mientras otros se guarecen del frío bajo el rústico y movedizo techo de una mísera cabaña; aquel vé su mesa cubierta de escelentes manjares mientras este se vé obligado á mendigar el sustento de puerta en puerta. No es esto á veces lo que mas nos maravilla, pues que consideramos en ello la sábia economía de la Providencia que plugo disponerlo así para el mejor orden de la sociedad. Lo que así llama la atención, y ha hecho murmurar de la Providencia á hombres de poca fé, es lo que vemos, no con poca frecuencia. Al impío, al hombre depravado que tal vez formara su caudal sobre la ruina del huérfano ó la sangre de los pobres, exaltado sobre los demas, ocupando los puestos mas elevados, colmado de lo que el mundo llama felicidad, mientras observamos la virtud abatida, el mérito sin recompensa, el hombre honrado comiendo el pan de la caridad, ó tal vez el amargo de la emigracion. Esto que tan directamente choca á algunos observadores, nos hace á los hijos de Jesucristo reconocer la infinita bondad y misericordia de nuestro Dios. O bien confunde al soberbio ó al impío, haciéndole descender de la altura de su grandeza al abismo de la miseria, como acontece muchas veces y dice el coronado Profeta: *Vidi impium superexaltatum, et elevatum sicut cedros Libani. Et transivi et ecce non erat: et quæsi eum et non est inventus locus ejus* (1). O bien le deja tiempo y le da

(1) Ps. XXXVI, v 35 y 36.

auxilios para su conversion, y no dando resultado le arrebatara la vida del cuerpo que pierde con la del alma: mientras tanto el virtuoso que se vió abandonado del mundo y despreciado, ha labrado su corona en sus humillaciones y trabajos, y recibe una recompensa eterna. Aunque no tuviésemos otra idea de la inmortalidad del alma y de la vida eterna, que las que nos suministran estos hechos, serian bastantes para persuadirnos estas verdades, toda vez que en el Hacedor Supremo que todos los hombres reconocen, no puede darse injusticia, porque un Dios injusto no puede concebirse.

Ahora bien, y voy á contraerme al asunto principal del discurso. A cada uno de nosotros nos ha tocado ciertamente uno de los destinos del hombre: ó vivimos en la abundancia ó sufrimos la escasez; ó gozamos completa salud ó nos agovian padecimientos. Sea cual fuere nuestra suerte, ello es que siempre se nos presentan sinsabores, que á cada paso tropezamos con la adversidad, y la adversidad y los padecimientos son ventajosísimos para obrar nuestra salvacion. Dijimos que Jesucristo era nuestro guía: si el tiempo me lo permitiese, yo os presentaria, aunque muy en compendio, el cuadro que ofrece la vida de nuestro Redentor amabilísimo. Yo os lo haria ver desde el pesebre hasta la cruz, envuelto en una cadena de angustias y sufrimientos que terminaron cuando exhaló su postrer aliento en el sagrado madero. Empero basta para mi propósito que traigais de un solo golpe á vuestra imaginacion los tormentos de su pasion y dolorosa muerte, y considerando la gloria á que hoy es elevado, despues de tantos tormentos, comprendereis que el padecer es el camino que conduce al cielo.

No pongais mal semblante al escuchar estas palabras, hombres afeminados que no pudiendo sufrir nada, quisiérais conseguir la mayor de las felicidades, que es el cielo, sin hacer nada por vuestra parte, sin sufrir el menor padecimiento, la mas mínima incomodidad. Por el camino de la adversidad llama Dios á sí á los hombres. Si el paralítico de que nos habla el Evangelio, no hubiese sufrido tantos dias de tristeza y de dolor, si no se hubiese visto en estado tan deplorable, tal vez hubiese muerto en su pecado y se hubiese perdido para siempre. Jesucristo, cuyo carácter distintivo es la misericordia, saliéndole al encuentro le dá la vida del cuerpo, y perdonando sus pecados le concede la vida del alma al mismo tiempo. Ved aquí un ejemplar de cuán útiles son los padecimientos que Dios envía, y del consuelo que prepara al que padece. Debemos sufrir con paciencia y resignacion. Todos hemos padecido ó padecemos en la actualidad ó tenemos que padecer. *Beati qui patiuntur propter justitiam*, nos ha dicho el mismo Jesucristo: Bienaventurados los que padecen por la justicia. *Beati qui lugent. Vae qui ridetis!*

No hay, señores, que confundir las ideas: todos los hombres padecen pero no por el mismo fin. Sufre y padece el guerrero, y llega un dia en que no puede numerar sus batallas y conquistas, ¿pero por qué se ha espuesto tanto? ¿Por qué así ha pasado lo mejor de su vida, la flor de su juventud entre el humo de la pólvora, entre el peligro de las balas que le han cubierto de cicatrices? Por adquirir honores, por elevarse, por cubrir su pecho de condecoraciones que le distinguan entre la multitud como valeroso defensor de su patria y de sus leyes. Sufre el comerciante en

las pérdidas que experimenta, se afana, padece, trabaja con asiduidad. ¿Y por qué? Por aumentar sus bienes, por crearse una fortuna que nunca llenará la medida de su ambicion y sus deseos. Sufre la mujer del gran mundo ó de la escogida sociedad, sacrifica su cuerpo, lo martiriza con sus mismos adornos y vestidos. ¿Y con qué objeto? Con el de parecer bien; con el de que supliendo el arte á la hermosura y gentileza que le negara la naturaleza, ser alabada y celebrada, y poder tender la red de sus conquistas cautivando los corazones. Sufre... ¿pero á dónde me dejo ir con mis reflexiones? No son estos los padecimientos que nos asemejan á Jesucristo: no es este sufrimiento el que nos guia al cielo. Padece por la justicia. ¡Oh qué hermoso padecer! Ningun sufrimiento que no tenga por objeto Dios y su religion es meritorio de la vida eterna. Nuestros padecimientos deben tener por principio á Dios, y aunque no comenzasen con este fin al menos acaben por Dios. El sufrimiento de los mártires tuvo por principio á Dios y á su verdadera religion: por esto el Señor les comunicaba sus luces, por esto les confortaba y les daba en el momento la recompensa, despues de haberles dado consuelo en sus mismos padecimientos. A Dios tuvieron por principio los padecimientos, las privaciones y penitencias que practicaron Pablo, Antonio Abad, Gerónimo y otros muchos, que apartándose del mundo se retiraron á los desiertos. Hay no obstante otros padecimientos y adversidades, que si no empezaron por nuestra voluntad podemos ofrecerlos á Dios y que acaben en él. Tales son las enfermedades, las aflicciones, los sinsabores que el Señor nos envía cuando es su voluntad soberana: si al recibir estas pruebas del amor de nues-

tro Dios, lejos de impacientarnos, nos resignamos gustosos con lo que se ha servido disponer, y le ofrecemos nuestros padecimientos, si al ser calumniados ó perseguidos injustamente, nos humillamos, y recordando las calumnias de que fué víctima ante los tribunales, nuestro guia y maestro Jesucristo y lo que hubo de padecer por nosotros, le ofrecemos nuestros trabajos, en este caso habremos cumplido como verdaderos cristianos, el Señor nos enviará el consuelo, y despues su gloria en recompensa. Yo bien se que á veces vienen sobre nosotros golpes á primera vista insufribles; tales son la pérdida repentina de un padre á quien amábamos, de una madre que nos tuvo en sus entrañas, de otra persona con quien nos ligaban los vínculos de la sangre en grado próximo. Pues bien: no nos está prohibido el que lloremos y que demos muestras del sentimiento de nuestro corazon. Lo que nos está prohibido es que murmuramos de la Providencia. Si en estos casos extraordinarios nos conformamos con la voluntad divina, y humillados le ofrecemos nuestros padecimientos, habremos adquirido grandes méritos para la vida eterna, pues que habremos seguido á Jesucristo por el camino de la cruz.

Hacedlo así, hermanos míos: oid la voz de Jesucristo que al tomar posesion de esa gloria á que hoy es elevado, nos dice: *Imitatores mei estote*. Sed mis imitadores, y si quereis acompañarme en el Empíreo, no perdais de vista mis padecimientos y mis tormentos, permaneced asidos á mi cruz, amad la adversidad y seguir gustosos por la senda de la tribulacion como único medio para que consigais vuestro santo fin. *Imitatores mei estote*.

Sí, dulce Jesus de nuestras almas: nuestro único

deseo es entrar un dia en esa gloria á que hoy os elevais: si es necesario, envid sobre nosotros nuevas tribulaciones, mayores trabajos. En medio de nuestros padecimientos bendeciremos la mano de Dios que nos los envia. Si es vuestra voluntad, haced desaparecer nuestros bienes, y cuando nos veamos privados de ellos exclamaremos como Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit... Sit nomen domini benedictum*. Empero os suplicamos, Señor, que pasados que sean los dias de nuestra miserable existencia sobre la tierra, tengamos la inesplicable felicidad de ser participantes de esa gloria donde entrásteis triunfante el dia de vuestra Ascension, y donde con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de esencia y trinidad de personas, vivís y reinais ahora y siempre y por todos los siglos. *¡Fiat; fiat!... Amen*.